

El primer empuje de las tropas conducidas por gefes valientes y por los entendidos gefes de estado mayor general y los de las divisiones, fué vigoroso y eficaz, y este movimiento fué el que sucesivamente se siguió en la linea de las tres fortificaciones atacadas.

El general en gefe, conseguida esta primer ventaja, se trasladó aceleradamente al reducto alto de la derecha, llamado de Isabel II, seguido del cuartel general y del segundo gefe de estado mayor, don J. Makenna, y dejó en el centro ya mencionado al general García con el coronel de estado mayor Buzarán y otros oficiales del mismo cuerpo, que colocando una linea de guerrillas en los límites del bosque inmediato y dando situacion, ya por cima de los cadáveres de los moros, á la brigada Hediguer, rechazaron al enemigo y conservaron las ventajas obtenidas.

En el extremo derecho de la linea, el general en gefe tuvo que redoblar sus alentados esfuerzos para rechazar al osado enemigo, que con fuerzas crecidas y bastantes caballos á la vista amenazaba inundar los vecinos valles. Entonces fué cuando el retroceso de un batallon de infanteria, cuyo gefe habia caido herido, el general O'Donnell dando un viva á la Reina, sacó la espada y mandó un buen refuerzo de infanteria contra los moros conducido por el brigadier Makenna y el coronel ayudante de campo Cevallos: cuyo hecho, fué el mas importante y crítico de esta accion de guerra y donde estos dos dignos gefes se portaron bizarramente perdiendo el brigadier Makenna el caballo que montaba.

Desde este momento, aunque la accion siguió reñida y sangrienta, las ventajas del ejército cristiano fueron grandes y sucesivas, teniendo los moros que abandonar sus posiciones en toda la linea no solo por el fuego de los batallones habil y cuidadosamente conducidos, sino por los acertados tiros de la artilleria de montaña que situada convenientemente al lado del reducto del centro desalojó al enemigo de una porcion de puntos y madrigueras que tenian.

En esta accion, los enemigos presentaron una fuerza de 10,000 hombres, siendo dirigidos por sus gefes mas caracterizados, pues no solo se batieron con brios y en correcta formacion, sino que eran prontamente obedecidas las órdenes que se comunicaban á caballo. Llevaban banderas, trajeron unos 300 caballos, á pesar del terreno quebradísimo, y uno de sus gefes ostentaba un riquísimo traje de color de grana que cubria casi toda su montura al cual rodeaban ocho ginetes con jaiques blancos.

El conde de Lucena, desde el reducto de Isabel II, á donde llegaban silvando las balas enemigas, observaba atentamente todos los movimientos de sus tropas, y enviaba por medio de sus infatigables ayudantes de campo y de órdenes, disposiciones que eran ejecutadas con la mayor prontitud. El general en jefe, rogado hasta tres veces por un coronel á fin de que se retirara de un sitio de peligro que ocupaba, le contestó estas cristianas y elocuentes palabras: *No tengais cuidado; mi vida está en manos de la Providencia, y yo confio muchísimo en ella para que vele por mí.*

Llegado el momento solemne de conceder algunos premios sobre el campo de batalla, presentósse O'Donnell á los batallones que habian defendido sus reductos. El primer premiado fué un corneta de órdenes de Saboya, llamado Domingo Montaña. Habia salvado al ayudante del brigadier Angulo, señor D. Eduardo Alcaina, que habia caido en poder de tres moros. El corneta mató á uno de ellos con el tiro de su carabina, á otro le atravesó con su bayoneta y al tercero lo ahuyentó. El ayudante, sin embargo, salió herido de gumia en una pierna. El general en jefe dijo al corneta: —En nombre de la Reina concedo á V. la cruz de San Fernando con la pension de 30 reales al mes. —Mil gracias, mi general. —A la Reina, señor corneta.

Tambien fué agraciado con la misma cruz y pension el soldado de Córdoba Pedro Gruño, á quien mataron un hermano, y que acabó con los dos moros que consumaron esta muerte. Igual gracia fué concedida á un soldado llamado Manuel Machuet, por un hecho relevante en heroismo.

Al teniente coronel de Arapiles, que defendia un reducto, señor D. Felipe Santa Pau, dijo el general en jefe: «En nombre de la Reina y por su digno comportamiento, nombro á V. S. coronel y pasará á encargarse del regimiento de Saboya.»—El señor Flores Calderon, coronel de este cuerpo, habia pedido su retiro por enfermo.

Al segundo comandante, señor don Pedro Luis Alcon, á las órdenes del general Zabala, que cargó dos veces á la bayoneta con Arapiles y Chiclana, el general en jefe le nombró primer comandante, y habiendo significado al conde de Paredes sus deseos de no separarse de su lado, porque le encargaba del mando de un batallon, el digno general Zabala le contestó: —A mí no se me sirve sino sirviendo bien á la Reina y á mi patria, Vd. mandará uno de los batallones de Córdoba.

Despues de concedidos estos premios, oyéndose todavia algunos

disparos, el general en jefe, con los generales Prim, Zabala, García, Rubin y todo su estado mayor, no quisieron retirarse todavía del lugar del combate. Se encendió una gran hoguera, porque el día era crudo y nadie se había desayunado y eran las tres de la tarde, marchando poco después á presentarse á los batallones de Arápiles y de Castilla, que habían defendido tan bizarramente los reductos.

Como era de ordenanza, se recibió al general en jefe tocando la marcha real; pero al momento por orden suya, cesaron las armonías de la música, y dirigiéndose á todos aquellos bravos soldados y oficiales, les dijo: «En nombre de la Reina y de la patria os doy gracias por vuestra bravura: en nombre de la Reina y de la patria os debo una recompensa, y os la otorgaré: señor comandante, queda Vd. nombrado primer comandante; señor capitán, queda Vd. nombrado segundo comandante, y el sargento mas antiguo oficial, y el que lo es menos, con el grado: al mismo tiempo, de cada compañía se ascenderá á un oficial subalterno; y se darán á los soldados cuatro cruces de San Fernando pensionadas con 30 reales, ocho con 10 reales y las demás sencillas de Maria Isabel Luisa: procurarán los jefes y oficiales repartirlas con equidad y con justicia.»

Un «¡viva la Reina!» seguido de otro «¡viva nuestro general en jefe!» ensordecieron los aires y fueron ahogados por las armonías de las músicas, que volvieron á tocar la marcha real.

Entre otros premiados de estos batallones de Arápiles y de Chiclana, recordamos los comandantes D. José Fernandez y don Rafael Bermúdez de Castro, al capitán D. José Ruiz de Larramendy y al sargento primero, hecho oficial, D. Manuel Rodríguez.

Para concluir, nuestras pérdidas han consistido en 280 heridos y 60 muertos. Las del enemigo han debido ser muy superiores, porque prescindiendo del gran número de cadáveres que han dejado en nuestro campo, cosa que en ellos indica una gran derrota, nuestra artillería, por medio de las granadas y de la metralla, ha debido hacerles sufrir muchísimo. Entre los cadáveres enemigos se han visto algunos mulatos y negros que son del interior de Marruecos, y á casi todos se les ha encontrado muchas monedas de plata y á algunos su testamento. Se cree que haya muchos moros del Riff y que hayan sido asalariados por el Emperador, porque son, como la guardia negra, los suizos del Imperio. En los momentos que estuvo mas empeñada la lucha, pudo

observarse muy de cerca que la caballería enemiga se esforzaba en tirar y recoger unas largas cuerdas sobre nuestros soldados. Estos que conocían el peligro en toda su estension, procuraban evitarlo por todos los medios que les sugieran su astucia y agilidad. Como algunos de nuestros lectores tal vez ignoren en que consiste ese armadizo de que tanto uso hacen los árabes, vamos á darles una lijera noticia.

El lazo que á imitación de los indios de la América del Sur, usan los moros en la guerra, consiste en una cuerda hecha de cáñamo basto, del grueso de un dedo y de 7 á 8 varas de largo. En uno de los cabos, hay un ojal que sirve para hacer un nudo corredizo, y el otro remata en un gancho de hierro que, á caballo, se asegura en la perilla de la silla, y á pié, sirve de punto de apoyo. Este lazo, que es mas peculiar á la caballería que á la infantería, tiene dos objetos: el uno es cojer al adversario para arrastrarle fuera del alcance del fuego y decapitarle á mansalva y saboreando la fiesta; el otro es sacar del campo de batalla los compañeros muertos ú heridos para curarlos ó sepultarlos.

Después de arrojar su lazo, sale á escape el jinete árabe llevándose por peñascos y breñas al infeliz prisionero, medio ahogado y horriblemente destrozado.

Tomamos de la *Gaceta* de Madrid el parte detallado de la acción del 9 de diciembre que el general en jefe del ejército de Africa dirigió al Ministerio de la Guerra:

PARTE RECIBIDO EN ESTE MINISTERIO.

Ejército de Africa—Estado mayor general.—Excelentísimo señor: Ayer, en el momento que se tocaba la diana en el campo, los centinelas avanzados de los reductos de Isabel II y Rey Francisco descubrieron alguna fuerza enemiga, que fué aumentándose bien pronto hasta llegar á un número considerable. El primero de estos fuertes se hallaba defendido por tres compañías del regimiento infantería de Castilla, mandadas por el segundo comandante don Rafael Bermúdez, y una de artillería de montaña á las órdenes del capitán don Gaspar Goni: y el segundo por tres del de Córdoba á las del comandante fiscal don José Fernandez. El número de enemigos aumentaba por momentos, enviando los reductos y estendiéndose por derecha é izquierda á favor de lo quebrado del terreno y de los espesos bosques que lo cubren, para colocarse en las posiciones que se hallan entre los citados reductos, y el Serrallo, donde campaba el segundo cuerpo.

Mientras esto se verificaba, salían á hacer la descubierta las fuerzas restantes de los regimientos de Córdoba y Castilla, y el batallón cazadores de Figueras á las órdenes del brigadier don José Angulo, gefe de la segunda brigada de la primera division del segundo cuerpo de ejército, quien atacó

sin vacilar al enemigo, y de una manera tan resuelta, que lo arrojó hasta las cañadas y bosques que se hallan al otro lado de nuestras posiciones avanzadas, entre tanto los fuertes habian resistido con heroica resolucion los multiplicados y audaces ataques de los moros, que llegaron á saltar á los fosos, desde donde, en la imposibilidad de hacer uso de sus espingardas y gumias, arrojaban á los defensores cuantas piedras encontraban á mano, causándonos algunos heridos.

Advertiendo el general Zavala, comandante en jefe del segundo cuerpo del combate que sostenian los reductos por la bandera roja enarbolada en el de Isabel II, pues reinando un fuerte viento de Levante no se oía el ruido del fuego, corrió al sitio de la lucha, y al mismo tiempo que por uno de sus ayudantes me hacia advertir lo que ocurría, dispuso le siguiesen el resto de la primera division á las órdenes del general Orozco, y toda la segunda á las órdenes del general O'Donnell. El primer batallon que llegó al sitio del combate fué el de cazadores de Arapiles, al cual el general Zavala hizo cargar por el bosque inmediato al reducto de Isabel II, donde el enemigo se habia refugiado en gran número, y desde cuya espesura dirigia un nutrido fuego que nos causaba pérdidas de consideracion, al mismo tiempo que lo verificaba el segundo batallon de Castilla, sostenidos ambos por el primero de Saboya. Esta carga, dada al grito de *Viva la Reina*, y con un arrojido digno del mayor elogio, puso en fuga al enemigo, que abandonó el bosque, refugiándose en los mas hondos barrancos.

En el momento que esto sucedia, llegué yo al sitio en que el combate se hallaba mas empeñado, habiendo dispuesto que el primer cuerpo de ejército, á las órdenes del general Gasset, y la division de reserva á las del general conde de Reus, avansasen hasta las alturas que se hallan entre el Serrallo y los reductos, por si era preciso auxiliar al segundo cuerpo.

A mi subida sintiendo un vivo fuego por la izquierda, ordené al general Garcia, jefe de estado mayor general, que tomase la segunda brigada de la segunda division del segundo cuerpo, mandada por el brigadier Hediger, y marchara con ella á apoyar y sostener aquel costado.

El enemigo, que al ser cargado por las fuerzas ya citadas habia retrocedido hasta los barrancos y alturas: mas allá de ellos, recibió órdenes de volver y tomar la ofensiva, porque este combate se diferencia de los anteriores en que sin duda alguna se hallaba mandado por un jefe superior de conocida autoridad y algunos inferiores, pues no tan solo pude juzgarlo por los diversos grupos á caballo con trajes y arreos desconocidos hasta ahora, sino por que se veian partir ginetes sueltos á distribuir mandatos que eran cumplidos instantáneamente, ejecutando el enemigo movimientos simultaneos, mientras en las acciones anteriores eran parciales todos.

Efectivamente, avanzó de nuevo el enemigo á los bosques que nos separaban de él por nuestra izquierda y centro, y por la derecha á las alturas que tambien habia abandonado, desde donde empezó á hacernos un vivo fuego que consideré preciso hacer cesar: en su consecuencia hice cargar al batallon cazadores de Figueras, á cuya cabeza se puso el brigadier Villar, con una seccion de la guardia civil de infanteria, verificándolo al mismo tiempo el general Garcia por la izquierda, al frente del batallon cazadores de Alba de Tormes y unas compañías de Córdoba, seguidos del primero de Leon, á cuyo frente marchaba el brigadier Hediger, y sostenidos por el

regimiento de la Princesa. Estas cargas dadas con resolucion limpiaron completamente el bosque, arrojando al enemigo hasta las alturas opuestas á bastante distancia, y puede decirse que desde este momento quedó terminado el combate por este parte; pero calculando que el enemigo iba á hacer un supremo esfuerzo por mi derecha, al paso que dirigí diferentes avisos el general Zavala, que la mandaba para que estuviese prevenido á resistirlo, me trasladé yo á ella para obrar como conviniese si efectivamente se verificaba lo que yo creia.

Mi presentimiento lo vi instantáneamente convertido en realidad. El enemigo reunió sobre su izquierda un sinnúmero de hombres, que calculo en 4,000 ó mas de infanteria y unos 400 caballos. Atacado el batallon de Chiclana, que cubria nuestra derecha, frente á la altura del Renegado, por fuerzas tan superiores de ambas armas, empezó á retroceder; entonces dispuse que el primer batallon de Navarra y el segundo de Toledo, á cuya cabeza se pusieron el general Rubin y brigadier conde de Cimera, marcharan á sostenerlo; pero el de Chiclana rehecho, animado y bizarramente conducido por el brigadier Makenna, acompañado de mi ayudante de campo coronel don Francisco Ceballos, atacó de nuevo la posicion que habia perdido.

Estos batallones fueron inmediatamente sostenidos por el general O'Donnell al frente del primero de Toledo.

El enemigo hizo una vigorosa resistencia en las posiciones que habia tomado; pero rudamente acosado por las bayonetas de nuestros soldados, las abandonó corriendo mezcladas su infanteria y caballeria hasta las escabrosidades que tenian á retaguardia, en donde mi pensamiento no era atacarlo, pues no entrando en mis planes conservarlas, no quise que se derramase sangre inútilmente.

Desde este momento, que serian las dos de la tarde, pudo considerarse terminado el combate que habia empezado antes de ser de dia; pues si bien los enemigos se mantuvieron por largo tiempo esperando sin duda que retrocediésemos para picar nuestra retaguardia, comprendiendo yo su pensamiento, al paso que ordené que nuestras guerrillas no contestasen al vivo fuego que los moros nos hacian, dispuse que ninguna se retirara; de suerte que frustrada su idea, empezaron sobre las tres de la tarde á retirarse á lo alto de la sierra de Bullones, y yo previne que principiarian á replegarse las dos brigadas del primer cuerpo que á las órdenes del general Gasset habia hecho salir para sostener las fuerzas de mi derecha, y la division del conde de Reus, que con igual objeto se colocó en el centro, aunque sin tener necesidad de hacerlas entrar en linea para tomar parte en la accion; y al oscurecer estaban todas las tropas en sus campos.

Las fuerzas que el enemigo ha presentado en combate no bajarán de 10,000 hombres, ni puede proceder de menos el nutrido fuego que por muchas horas sostuvo en tan estensa linea: la caballeria constaba de 200 á 300 ginetes. Las que de nuestra parte combatieron, solo fueron los 15 batallones que tenia presentes el segundo cuerpo.

No puedo menos de graduar sus pérdidas en 300 muertos en vista de los muchísimos que han quedado en el campo, donde tan solo dejan los que absolutamente no pueden retirar, y en unos mil heridos. El vivo y certero fuego de nuestros batallones, el que á metralla hizo al principio desde el

reducto Isabel II la primera compañía del primer regimiento de montaña y despues con granadas bien dirigidas, esta y la de cañones rayados a esta al quinto regimiento de á pié, me dan motivo para hacer este cuadro, en el que creo no habrá exageracion; pero estos resultados no pueden obtenerse sin experimentar pérdidas harto sensibles: estas han sido por nuestra parte de 5 oficiales y 75 individuos de tropa muertos; 2 jefes, 30 oficiales y 260 individuos de tropa contusos, segun se ve en el estado adjunto.

El teniente general don Juan Zavala comandante en jefe del segundo cuerpo, ha ilustrado con un hecho mas su gloriosa carrera: de valor, resolucion, tranquilidad de ánimo y acertadas disposiciones ha dado pruebas durante todo el dia: á su inmediacion ha sido muerto el mayor de ingenieros de su cuerpo de ejército don Plácido Mendizabal, y heridos sus ayudantes D. Francisco Javier Giron y don Manuel Jimenez, asi como al comunicar una orden lo fué de gumia don José Rubi.

Debo hacer especial mención del general Garcia, gefe de estado mayor general que encargado de dirigir la izquierda de la linea la sostuvo en un principio, y cargando despues al frente de las fuerzas arrojó al enemigo, dejando terminado el combate por aquella parte: de los generales Orozco y O'Donnell, que mandaban las divisiones del segundo cuerpo, por lo bizarra y acertadamente que condujeron sus fuerzas; del general Rubi puesto de mi orden al frente de uno de los batallones que cargaron en el ala derecha; del brigadier Makenna que rehizo y condujo de nuevo á la carga al batallón de Chiclana, perdiendo su caballo; del brigadier Angulo que empezó el combate con las tropas de la descubierta con tanta bizarría y que la sostuvo toda la jornada: de los brigadieres jefes de brigada Paredes, Hediger y Serrano, que han dado á sus soldados el ejemplo de valor, serenidad y resolucion; y del brigadier conde de la Cimera, que voluntariamente acompañó al general Rubi en la última carga.

Muchos nombres, Excmo. Sr., tendria que citar si hubiera de espresar los hechos de valor distinguido que he presenciado y que me han sido transmitidos, desde la clase de jefes á la de simples soldados; pero no permitiéndolo los estrechos límites de un parte, me ceñiré á nombrar al coronel del regimiento de Castilla, D. Eduardo Aldanese, herido; al primer comandante del batallón de Arapiles D. José de Santa Pau, á quien hice coronel en nombre de S. M. en el mismo sitio en que habia combatido: mas debo espresar á V. E. que he quedado altamente satisfecho de la forma en que se han conducido en esta jornada los jefes, oficiales y soldados.

En uso de las facultades que S. M. se ha dignado conferirme, he recompensado muchos hechos de valor que la premura del tiempo y las vastas atenciones que me cercan no me permiten hoy poner en el conocimiento de V. E.; pero lo haré lo antes posible, remitiéndole un ejemplar de la orden general en que se publican en el ejército, y reservándome elevar tambien una propuesta de aquellos que habiéndolos sabido despues, no he creído deber resolver por mí, y los someteré á la consideracion de S. M.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general del campamento frente á Ceuta 10 de diciembre de 1859.—Leopoldo O'Donnell.

= 167 =

CAPÍTULO XIV.

Los españoles luchan ventajosamente contra la tenacidad de los moros y los obstáculos de la naturaleza.—Apreciaciones sobre la caballería marroquí.—Campamento de los ejércitos beligerantes.—Fuerzas enemigas.—Son acudilladas por los hermanos del Sultan.—Los Judios de Marruecos se refugian en España.—Cambio operado en la plaza de Ceuta por efecto de la guerra.—Desembarque de los soldados heridos en Cádiz y Sevilla.—Buques fletados por el Gobierno español.—Marina mercante.—Distancias entre los principales puntos de la costa de África.

Es imposible formarse idea de las dificultades que ofrece el terreno donde nuestras tropas están acampadas. Vénse por todas partes, ásperas, agrestes y enmarañadas tierras, pobladas de bosques sombríos, donde por acaso se habrá oido en siglos el golpe de hacha de los leñadores. Las espesas encinas, el naranjo silvestre y el cedro, cubren como una negra mancha estas salvajes montañas coronadas de eternas nubes. Esta es la comarca donde nuestros soldados han dado tan señaladas muestras de energía, luchando no solo contra la tenacidad de la morisma, sino contra los obstáculos de la naturaleza, mucho mas peligrosos y terribles; y allí es donde han levantado esa série de reductos que son verdaderas fortalezas que han de proteger y resguardar el paso del ejército, sea para Tetuan, sea para Tánger.

Sin embargo de las desventajosas posiciones que ocupa el ejército expedicionario, cuantas veces ha sido atacado mas ó menos rudamente por el enemigo, otras tantas ha salido este vencido y escarmentado. Empezaron los moros por ligeras escaramuzas, y se encontraron frente á frente con guerrilleros. Fueron á probar un ataque sério, y quedaron clavados en la punta de las bayonetas. Se lanzaron á movimientos atrevidos, y la metralla barrió sus huestes. Reconcentran su ataque sobre un solo objeto, y son cortados. Un rugido violento lanzado en su agonía inspira á los